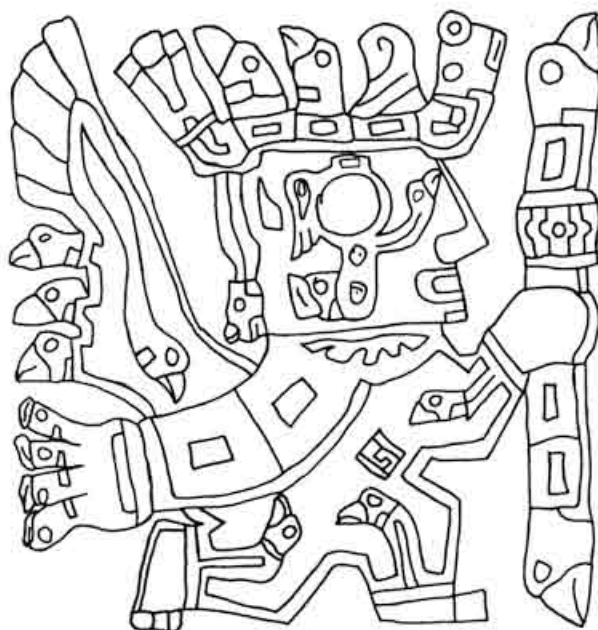


José Martí y *La Edad de Oro*. Un periódico para los niños de Nuestra América¹

Gonzalo Espino Relucé

Licenciado en Literatura,
profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

A cien años de la desaparición física del poeta y prócer latinoamericano José Martí (1853-1895) sigue vigente uno de sus más caros sueños y el de muchos latinoamericanos: nuestra América como posibilidad y la idea de construirla pujante y próspera, tierna y nuestra, en medio del desencanto posmodernista. La calidez humana, el pensamiento renovador, la creación poética y la práctica revolucionaria de José Martí se expresan en esa obra periodística que el "amigo de los niños" creó como un anuncio de lo que más tarde sería es texto-signo que es "Nuestra América". Nos referimos a La Edad de Oro sobre el que trata el siguiente artículo de Gonzalo Espino.



Noticia

Los cuatro números de *La Edad de Oro*, "publicación mensual de recreo e instrucción dedicada á los niños de América", aparecieron en Nueva York, entre julio y octubre de 1889. La edición facsimilar con la que Cuba celebró el centenario del periódico de los niños se convirtió muy pronto en libro inalcanzable y de difícil acceso en Latinoamérica². En el Perú, al igual que en el resto de América Latina, que se recuerde no alcanzó publicación alguna; salvo las consabidas y recortadas páginas que se insertan en los libros de texto o selecciones.

"Todo lo que quieran saber —dice Martí a los niños— les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y con láminas finas". Desde el primer número, *La Edad de Oro* se propone como un espacio para elaborar respuestas a las inquietas preguntas de los niños, precisamente porque al poeta le interesa establecer el diálogo. Así se lee en el prólogo:

Para eso se publica La Edad de Oro: para que los niños americana nos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras; y cómo se hacen tantas cosas de cristal y de hierro, y las máquinas de vapor, y los puentes colgantes, y la luz eléctrica; para que cuando el niño vea una piedra de color sepa por qué tiene colores la piedra, y qué quiere decir cada color; para que el niño conozca los libros famosos donde se cuentan las batallas y las religiones de los pueblos antiguos. Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras e interesantes que en los cuentos de magia, y son magia de verdad, más linda que la otra: y les diremos lo que se sabe del cielo, y de lo hondo del mar y de la tierra: y les contaremos cuentos de risa y novelas de niños, para cuando hayan estudiado mucho, o jugado mucho, y quieran descansar. Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo. Y queremos que nos quieran, y nos vean como cosa de su corazón. ("A los niños que lean La Edad de Oro").

La publicación de *La Edad de Oro* coincide con uno de los periodos de vida más intensos del mártir latino-

americano. Está marcado por las contingencias de la vida y las urgencias del tiempo. Así lo retrata Raimundo Lida: "Mientras se gana la vida trabajando en una casa de comercio y traduciendo libros ingleses y norteamericanos, da clases gratuitas a compatriotas pobres, escribe en periódicos de todo el Continente (hasta crítica de arte en *The Sun*, de Nueva York) funda y redacta una revista para niños —*La Edad de Oro*—, representa con eficacia y brillo a varios países sudamericanos."³

Son tiempos del relativo auge del "folletín" y los "sueltos". Aunque puede resultar exagerado, José Martí en *La Edad de Oro* escribe esa "novela de niños"; esto explica la función de la historia en la estructura de cada ensayo. No hay ensayo que no lo asuma como soporte, de allí el encanto y la fluidez de su prosa. La tradición se renueva en sus páginas por las exigencias de la época: no sólo cuentos maravillosos o poesía sencilla, también textos de divulgación. De allí la forma como se estructuran sus escritos.

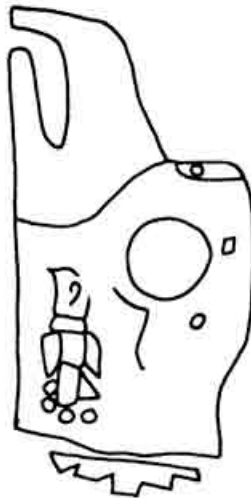
Se pueden entrever en *La Edad de Oro* las huellas de Charles Perrault, los hermanos Grimm, Alexander Afánasiev, Julio Verne, Oscar Wilde, etcétera.

Recreo e instrucción

Los veintiocho textos que se publican en los cuatro números se descubren como relatos escritos con el corazón para sus lectores. Los cinco poemas que encontramos en los primeros tres números revelan la sensibilidad de la forma que significa en lo que dice y entraña la laboriosidad de la diáfana poesía de contrastes ("¿Y por qué está sin zapatos?").

Son tres los cuentos maravillosos que animan *La Edad de Oro* y asumen lo mejor de la tradición de viejos cuenteros, no sólo por sus tramas sino por su magistral sencillez. Los relatos de travesura, tres en total, descubren —al igual que toda la poética de la revista— la virtud de compartir, que celebra el mundo inquieto o el juguete preferido con que el niño/a puede establecer ese diálogo secreto:

Él no ha visto nunca caballos morados pero se lo mandarán a hacer —escribe "Bebé y el señor Don Pomposo". Y a Raúl ¿quién le manda hacer caballos? Nadie, nadie: Raúl no tiene mamá que le compre vestidos de duquecito: Raúl no tiene tíos largos que le compren sables. Bebé levanta la cabecita poco a poco: Raúl está dormido: Luisa se ha ido a su cuarto a ponerse olores. Bebé se escurre de la cama, va



al tocador en la punta de los pies, levanta el sable despacio, para que no haga ruido... y ¿qué hace, qué hace Bebé? ¡va riéndose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raúl, y le pone el sable dorado en la almohada.

Completan la colección siete ensayos o historias de divulgación y cuatro insertes que corresponden a "La última página".

Los avances del progreso, las lecciones de historia, la poesía y los cuentos maravillosos, así como los textos de "divertimento" se aproximan en una suerte de armonía entre la cultura humanística y la cultura del trabajo como ideal del progreso. En todos estos casos se insiste en la humanidad del hombre que ha de crecer con dignidad y respeto al otro. Historia y sabiduría, sobriedad dentro de lo cotidiano, información y diferencia; seriedad y divertimento, porque en el imaginario de José Martí está ya instalada la preocupación por construir la América nuestra: "Así queremos que los niños de América sean: hombres que digan lo que piensan, y lo digan bien: hombres elocuentes y sinceros".

Una reflexión continua que distingue, y reitera, la diferencia entre el ayer (la historia) y el ahora (y sus demandas) porque al fin, la revista —y su propia poesía— tiene que "ser útil al mundo" y enseñar que "la vida es un deber" y que "ahora la fuerza está en el saber, más que en los puñetazos", puesto que al final "el hombre ha de aprender a defenderse y a inventar, viviendo al aire libre", sin desmedro de su dignidad ni su libertad, como individuo y como sujeto de una colectividad que aspira a la equidad social.

La última página

"La última página" resulta el termómetro de algo así como la historia clínica del periódico de los niños y de ese diálogo abierto por el prócer cubano. Es precisamente en esta sección donde podemos leer las tensiones que viven Martí y la revista. En la escritura martiniana se descubre fe y temura al enfrentar los límites de lo que es posible publicar en un número: "*La Edad de Oro* se despide hoy con pena de sus amigos. Se puso a escribir largo el hombre de *La Edad de Oro*, como quien escribe una carta de cariño para personas a quien quiere mucho, y sucedió que escribió más de lo que cabía en las treinta y dos páginas" (Nº 1).

Tensión que se convierte en traba para continuar la publicación al dejar de ser empresa del corazón: "*La Edad de Oro* no se quiere morir, porque nadie debe morirse mientras pueda servir para algo, y la vida es como todas las cosas, que no debe deshacerlas sino el que puede volverlas a hacer. Es como robar, deshacer lo que no se puede volver a hacer" (Nº 2).

Se resiste a aceptar la inclemencia de la imprenta, se declara en contra del realismo intolerante del mercado: "Y así es el hombre de *La Edad de Oro*, que cada número quisiera poner el mundo para los niños, a más de su corazón; pero en la imprenta dicen que el corazón cabe siempre, y el mundo no" (Nº 4). Los términos de continuidad se ven presionados por los intereses comerciales y una orientación conservadora.

Esta situación se agrava a partir de las desavenencias con el editor de la revista, Da Costa Gómez, quien traslada el asunto comercial a una orientación no prevista para el periódico de los niños: "quería el editor que yo tratase del 'temor a Dios', y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuviesen en todos los artículos e historias. ¿Qué se va a fundar así en tierras tan trabajadas por la intransigencia religiosa como la nuestra?", declara Martí a su amigo Manuel Mercado⁴.

Y al mismo tiempo, es el espacio explícito del afecto, del diálogo, de la presencia de un público hispano que en esta etapa sigue al autor de *Ismaelillo*: "Los niños han leído mucho el número pasado de *La Edad de Oro*, y son graciosas las cartas que mandan, preguntando si es verdad todo lo que dice el artículo de la Exposición de París" ("La galería de las máquinas"). Y se vuelve a presentar como "un padrazo", como hombre de carne y hueso:

El hombre de La Edad de Oro es así, lo mismo que los padres: un padrazo es el hombre de La Edad de Oro: como una estatua que hay de río Nilo, donde hace del río un viejo muy barbón, y encima de él saltan, y juegan, y dan vueltas de cabeza los muchachos traviesos. (Nº 4.)

Y que nos recuerda la lección de su viejo maestro Rafael María Mendive en palabras de Lizaso: "¡Qué lejos de toda rigidez y todo alarde pedagógico! Mendive es el gran maestro que enseña haciéndose amar y poniendo en su enseñanza todo el arte de su inspiración"⁵.

Escritura martiniana

La escritura es una forma de ser moderno, sin llegar a la ortodoxia modernista. Su poética no disocia urgencia social de escritura. Ya en 1882 ha publicado *Ismaelillo*, escritura que marca el estilo de *La Edad de Oro* al asumir las palabras que dedica a su hijo:

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en ti.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, diles que te amo demasiado para profanarte así. (...) Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

No es exactamente una postura esteticista. "Martí no opone la prosa al verso"⁶, la consideraba como trabajo más laborioso: "No hay música más difícil que la buena prosa", dirá. Su escritura hilvana ritmos y colores, su palabra no supone complicaciones formales para el lector; de allí su transparencia. El estilo de *La Edad de Oro* tiene de aquello que habló, muy de paso, Raimundo Lida: "hasta su puntuación es menos lógica que 'musical'"⁷ donde lo sobrio deja paso al lenguaje cotidiano; donde el relato —siguiendo su propia coherencia— se rompe para interpolar la ética del hombre de América. De allí la inflexión interrogativa que José Martí hace en su testamento literario: "¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos?".

Su apego a la verdad se explica como la comprensión de aquello que la ciencia o la historia dan por sentado o por lo que la propia experiencia supuso para la palabra martiniana, y estructura el realismo de la poética de Martí, tal como anota en su respuesta a sus pequeños lectores en "La Galería de las Máquinas": "Por supuesto que es verdad. A los niños no se les ha de decir más que la verdad, y nadie debe decirles lo que no sepa".

Su modernidad está dada por eso: así se entiende al hombre ético que propugna, al hombre y la colectividad nueva. Esto explica también la modernidad de *La Edad de Oro*. Todo el texto es parte de la escritura que fundamenta la liberal Cuba y que habla de Nuestra América; su palabra va sellando la ilusión de una revolución posible.

Lenguaje sobrio que se ve interrumpido, en la sintaxis del relato, por algunos elementos que enriquecen al texto desde la perspectiva de lo cotidiano: "Los envidiosos exageraron sus defectos", dice de Bolívar en "Tres héroes". Y simultáneamente, escritura asombrada y justa, entusiasmada por los avances de la ciencia:

De noche, un hombre toca botón, los dos alambres de la luz se juntan, y por sobre las máquinas, que parecen arrodilladas en la tiniebla, derrama la claridad, colgada de la bóveda, el cielo eléctrico. Lejos, donde tiene Edison sus invenciones, se encienden de un chispazo veinte mil luces, como una corona. ("La Exposición de París".)

Martí registra la diferencia, lo esótico, intenta la comprensión de una realidad distante: "y la música toca sin

parar, con sus platillos y su timbalón y su clarín y su violinete; y es un tocar extraño, que parece de aullidos y de gritos sin arreglo y sin orden" ("Un paseo por la tierra de los anamitas"). Y se expresa en esa dialéctica del respeto al otro: "No nos parecen de cuerpo hermoso, ni nosotros les parecemos hermosos a ellos". Y nos va diciendo esa historia sublevante, que nos recuerda la historia de nuestra América:

A eso llegan los pueblos que se cansan de defenderse: a halar como las bestias del carro del amo: y el amo va en el carro, colorado y gordo. Los anamitas están ahora cansados. A los pueblos pequeños les cuesta mucho trabajo vivir. El pueblo anamita se ha estado siempre defendiendo.

Nuestra América

La Edad de Oro es la tentativa moderna por aproximar de a poco, en un lenguaje cordial, escrito con el alma, a lo que dos años después será *Nuestra América*. No sólo es ensueño y travesura, saber y compromiso ético. Lo que intenta calar José Martí en el mundo de los niños es el afluente que mueve las fibras íntimas del alma, de lo que más tarde será ese río-madre que se llama *Nuestra América*. Como se recordará, *Nuestra América* se publica en México el 30 de enero de 1891, en las páginas de *El Partido Radical*. Y se traduce en discurso que radicaliza su propuesta, la convierte en proclama y doctrina de acción que convoca al individuo y a su colectividad.



Esta es la perspectiva que deseo recoger en *La Edad de Oro*, la misma que vemos desde el primer número tal como le comenta a su amigo Manuel A. Mercado: "A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América"⁸. Lo evidencian la escritura de José Martí en textos explícitos: "Tres héroes", "Las ruinas indias" y "El Padre las Casas" y en otros, donde los propósitos emergen insertos en la lógica del discurso: "La historia del hombre contada por sus casas", "La Exposición de París" y "Un paseo por la tierra de los anamitas".

La escritura de *Nuestra América* se convierte en la tentativa mayor del discurso martiniano. Al hacerlo, recurre a la historia como pretexto para establecerla como esa "novela tan linda" que es América. La elaboración es ejemplar, sobre el destino de los pueblos, basada en la expe-

riencia del pasado remoto y la historia reciente; experiencia abierta al mundo y de cara a los problemas de la época. No es el apego que hace creer al "aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea", como sanciona en *Nuestra América*. Es la posibilidad de ser parte del mundo, de la escena contemporánea (clave de la modernidad en el Perú).

El pasado remoto se comporta como respuesta a la interrogante que Martí volverá hacer en el texto de 1891: "¿Cómo somos?" se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son". Y este es un propósito que comparte para el imaginario de los niños de América. Las historias de los pueblos de Latinoamérica, escribe en el periódico de los niños, "Se leen como una novela". "¿Qué novela tan linda la historia de América!", repite José Martí para recordar a los niños que hay que pensar "en lo que sucede a su alrededor", que esta historia hay que leerla sin avergonzarnos de lo que somos y desentrañando los engaños que suelen dejar sin piso, sin historia a los pueblos:

Y de los indios han dicho más de los justo en estas cosas los españoles vencedores, que exageraban o inventaban los defectos de la raza vencida, para que la crueldad con que la trataron pareciese justa y conveniente al mundo. ("Las ruinas Indias".)

Desde la experiencia reciente José Martí razona en "Tres héroes" sobre el deber del niño: "En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar", proposición que la vincula a la idea de libertad, de modo que, "El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado." La noción de honradez —y verdad— significa acá desacato al "mal gobierno", desobediencia a las "leyes injustas", defensa de la patria cuando se la pisotea, que dos años después proclamará como utopía posible: "disfrutar todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vida (...) El espíritu del gobierno ha de ser el del país."

Saber y libertad conjuran esa historia que convoca y cubre el número tres de *La Edad de Oro*; allí "es donde se nos va el corazón" en "los pabellones famosos de nuestras tierras de América, elegantes y ligeros (...) ¡Es bueno tener sangre nueva, sangre de pueblos que trabajan!". Pide a sus lectores —los niños— detenerse en lo nuestro "si todavía hay tanto que ver, si no hemos visto todos los pabellones de nuestras tierras americanas", porque: "lo que hay que leer, sobre todo con mucho cuidado es lo de los pabellones de nuestra América". Y los compromete a que vuelvan a revisar, a releer esa novela linda porque, sostiene ya en *Nuestra América*, "Crear es la palabra de pase de esta generación".

Lectura finita

En fin, la escritura de *La Edad de Oro* discurre traviesa para contar lindas historias y ese poema "triste y hermoso" que "se puede sacar de la historia americana", esa suerte de lectura que se ha de realizar con **ternura** porque se trata del **humos**, fuente formativa del nuevo hombre. Se propone y aspira a entender lo que ocurre en el mundo donde hombres y pueblos alientan la libertad y afirman la república.

El niño de nuestra América imaginado por Martí debe pensar y ser honrado, tiene que sacar sus conclusiones de los cuentos, de los anamitas, leer con cariño "La Exposición de París", lo que corresponde a nuestra América; el niño, al fin, que siente la alegría de "obrar bien, que se parece al cielo de la mañana en claridad" ("El Padre las Casas"). Por eso recordaremos a José Martí los niños de ayer, los de hoy y los de mañana y podrá decir la humanidad toda, por nuestra América, por nuestro Martí: "Este hombre de *La Edad de Oro* fue mi amigo, amigo sincero, como él mismo, como la célebre revista".

Notas:

1. El presente texto recoge la ponencia del autor: "La Edad de Oro o los propósitos de Nuestra América", leída en el coloquio internacional **José Martí "Aquel hombre solar"**. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Lima, mayo de 1995.
2. Debo a Pilar Cuevas mi primera lectura de **La Edad de Oro** (Eds. Quinto Sol, México, 1985) y a Alga Marina Echeagaray la información de la edición fascimular. En adelante, todas las citas son extraídas de José Martí, **Obras Completas** (Editorial Nacional de Cuba. La Habana, 1964-5).
3. José Martí, **Páginas selectas**. Selección, prólogo y notas de Raimundo Lida, p. IX. Ángel Estrada Eds. Buenos Aires, 1939.
4. Carta fechada "26 de noviembre 1889." **Obras Completas**, t. 20; pp. 153-154.
5. Lizaso: **Martí**, p. 24. Ed. Losada. Buenos Aires, 1940.
6. Iván A. Schulmann (y) M. Pedro González: **Martí, Darío y el modernismo**, p. 209. Gredos. Madrid, 1969.
7. José Martí, **Páginas selectas**. Ob. cit., p. XIII.
8. Carta fechada "Nueva York, 3 de agosto de 1889." **Obras Completas**, t. 20; p. 147.

